

“EICHMANN IST KEIN MEPHISTOPHELES”.

COMENTARIO SOBRE EL FILME HANNAH ARENDT DE M. VON TROTTA

Adriana Añi Montoya

Pontificia Universidad Católica del Perú

La primera escena del filme de Margaret von Trotta consiste en una imagen callejera y nocturna: Buenos Aires en 1961, entre las sombras se distingue a un hombre que baja de un ómnibus y es secuestrado. Se trata del nazi Adolf Eichmann. La escena final nos muestra a Hannah Arendt en la universidad, dirigiéndose a su público y defendiendo su punto de vista sobre el caso Eichmann. En alguna escena un personaje le dice irónicamente que ella debe hacer un reportaje del juicio, “no una clase de filosofía”, pero ella es filósofa o mejor, una pensadora. Su tarea, que es la del pensar de modo incondicionado, aun cuando éste no pueda cambiar de modo directo la realidad, es fundamental para poder emitir juicios sobre los acontecimientos pues, como ella afirma, “los principios a partir de los que se actúa y los criterios a partir de los cuales se juzga y se conduce la vida dependen, en última instancia, de la vida del espíritu” (2010: 93). Una vida del espíritu empobrecida lleva a la ausencia de pensamiento y ésta a la incapacidad de juzgar sobre el sentido de lo que hacemos. Así, pues, enmarcado por estas dos escenas, se puede argumentar que lo que busca ser este filme es un elogio del Arendt y del pensar.

Se podría decir entonces que el pensar es el personaje conceptual tanto como Arendt es el biográfico del filme. Pero representar al pensar y al individuo pensante es una difícil tarea, pues la misma Arendt nos dice que el pensar y el yo pensante son realidades invisibles que se sustraen al mundo de las apariencias y que la única manifestación externa del pensar es “la distracción, una evidente falta de atención al mundo exterior” (2010: 95). De ahí que von Trotta recurra a los clichés que nos muestran a la filósofa acompañando sus pensamientos con el humo del cigarro o a la filósofa a la cual no hay que dar un beso de despedida para no sacarla de su concentración. Pero el pensar no es un tema exclusivo de Arendt, sino más bien una herencia de su maestro, Martin Heidegger. Y esta filiación es explícitamente evocada por el filme. En efecto, no solo se ha cuidado la directora de colocar un retrato enmarcado de Heidegger en el escritorio, como presidiendo desde lejos el trabajo cotidiano de Arendt, sino que varios *flashbacks* nos remiten a los orígenes de su formación con el maestro. Y tendríamos que decir “origen” en el sentido de *archē*, comienzo y principio rector, pues el quehacer filosófico arendtiano estará regido por la pasión del pensar que ella descubre con Heidegger. No por casualidad una de esas ocasiones expresamente recordadas es cuando este último pronuncia palabras que Arendt hizo suyas, y que constituyen el presupuesto filosófico del filme:

El pensar no conduce a un saber como las ciencias.

El pensar no produce ninguna sabiduría aprovechable de la vida.

El pensar no descifra enigmas del mundo.

El pensar no infunde inmediatamente fuerzas para la acción (2010: 29).

El pensar es libre y se da por sí mismo. Y a pesar de su declarada “inutilidad” es peligroso como un viento tempestuoso que derriba todos los conceptos que nos dan seguridades. Esto es lo que movió siempre a Hannah Arendt y es lo que la define, por ello, como pensadora. Por eso, cuando escribe *La Condición Humana*, nos propone simplemente: “pensar lo que hacemos”, así como en *La Vida del Espíritu* busca “pensar

qué hacemos cuando pensamos”. En este sentido, el filme de von Trotta parece redondear la idea perfectamente, pues si bien por un lado nos muestra esta pasión del pensar, a esta Hannah pensando valientemente los acontecimientos para emitir un juicio ella misma, por otro lado, se nos presenta también la ausencia de pensamiento en su más radical y simbólica encarnación: Eichmann. El encuentro con Eichmann es el eje histórico del filme, que no es un retrato global de la biografía de Arendt sino que se concentra en el episodio de su viaje a Jerusalem para el juicio al nazi y su posterior trabajo como reportera del evento. El eje temático del filme no es la cotidianidad de Arendt en su vida como académica y como pareja de Heinrich Blücher, sino el filosófico tema del pensar. Por ello una de las frases que la directora se cuida de hacer pronunciar a Arendt, es su conclusión al verlo en el juicio: “Eichmann no piensa”. “Es un burócrata mediocre”. Ella se sorprende de la asimetría entre la atrocidad de los hechos y la banalidad del personaje:

“Lo que me impresionó del acusado fue su manifiesta superficialidad, que no permitía remontar el mal incuestionable que regía sus actos hasta los niveles más profundos de sus raíces o motivos. (...) la única característica destacable que podía detectarse en su conducta pasada y en la que manifestó durante el proceso y durante los interrogatorios previos fue algo enteramente negativo: no era estupidez, sino incapacidad para pensar.” (2010: 30).

El filme nos presenta así a la pensadora y su antípoda y, en ese sentido es que decíamos que nos parece temáticamente bien redondeado: Por un lado está el pensar como pasión y responsabilidad del hombre o mujer valientes y, por otro lado, la figura de los que renuncian al pensar, convirtiéndose en cómplices de un mal atroz del cual no se reconocen responsables. Lo que no puede representar el filme es la conexión causal entre atrocidades de escala gigante, como el genocidio, y la ausencia de pensamiento. Esta conexión es rastreable en sus obras como *Los Orígenes del Totalitarismo*, *La Condición Humana* o *Eichmann en Jersusalem*. Por un lado, ella reconoce que hay una dimensión existencial del hombre cotidiano en virtud de la cual se deja caer preso de la fuerza de los clichés y códigos estereotipados de conducta: “... si tuviésemos que pensar todo el tiempo, terminaríamos agotados”, así que se comprende la función social de los estereotipos, que nos “protegen ante la interpelación que los hechos, por el mero hecho de ser tales, dirigen a nuestra atención pensante” (2010: 30). Pero esta claudicación del pensamiento no se debe a una fatalidad y puede ser quebrada por nosotros, cuando decidimos prestar atención a la interpelación del mundo, cuando nos volvemos más solícitos a sus preguntas.

Hay un segundo nivel, más difícil de romper, que obedece a la estructura de un fenómeno típico de la modernidad, y es el peso de lo que Arendt llamaba “lo social” y Heidegger “la tiranía de lo público”. En efecto, según Arendt, la esfera social “exige de sus miembros comportamiento uniforme”: “Es decisivo que la sociedad, en todos sus niveles, excluya la posibilidad de la acción, como antes lo fue de la familia. En su lugar, la sociedad espera de sus miembros una cierta clase de conducta. Mediante la imposición de innumerables y variadas normas, todas las cuales tienden a “normalizar” a sus miembros, a hacerlos actuar, a excluir la acción espontánea, el logro sobresaliente.” (1974: 51). Esta forma de ser que reposa en la fuerza impersonal de la masa anula toda capacidad de acción, novedad, iniciativa o en términos de su metáfora filosófica, “natalidad”. Cuando dice esto en *La Condición Humana* no se refiere sin más a la categoría filosófica de la *práxis*, es decir, la interacción humana mediada por la palabra. Se refiere a una acción que distingue a la persona, una *práxis* que eleva a la

excelencia, lo que equivale a insertarse en el mundo con propia iniciativa y propia voz. En ese sentido, el condicionamiento social no sólo nos convierte en seres que reproducen conductas homogéneas, incapaces de *práxis* (acción), sino con mayor razón en incapaces de pensar, si es que ésta es la *práxis* más alta y difícil: “... el hábito de examinar y de reflexionar acerca de todo lo que acontezca o llame la atención...” (2010: 31). El pensar, que va más allá de lo condicionado, difícilmente brota en el contexto del conductismo social:

Los estereotipos, las frases hechas, los códigos de conducta y de expresión estandarizado, cumplen la función socialmente reconocida de protegernos (...) frente a los requerimientos que sobre nuestra atención pensante ejercen todos los hechos y acontecimientos en virtud de su misma existencia. (2010: 30)

No obstante, es obvio que tampoco este segundo nivel conlleva una fatalidad, pues el ser humano puede (y debería) romper ese condicionamiento y atreverse a actuar y pensar. Cuando las *mores* se han vuelto tales que lo normal es la anormalidad, o los tiempos tan oscuros que impiden toda *eupraxia* y excelencia, es cuando urge el valor de desmontar por el pensamiento esas cristalizaciones perversas. Una cosa es el filósofo que se oculta en lo invisible del pensamiento, otra cosa es cerrarse al pensar. Cuando se llega a un punto de inflexión en la locura del mundo, el filósofo y todo hombre debe aparecer y tomar la palabra, emitir su juicio y actuar. Por el contrario, Eichmann era el tipo de individuo que necesitaba un grupo que le diga qué pensar, como es obvio por la anécdota que cuenta Arendt en el libro *Eichmann en Jerusalem*: en un tiempo en que se encontraba desorientado, tuvo la oportunidad de elegir entre dos cuerpos a los cuales afiliarse: las SS o *Schlaraffia* (grupo social humorístico). Para él una cosa u otra estaban al mismo nivel.<sup>1</sup> Por eso es que, si bien Arendt habla de la fuerza de los estereotipos sobre todos nosotros, también afirma tajantemente que “Eichmann se distinguía del resto de nosotros únicamente en que ignoró del todo <las solicitudes de los hechos a nuestro entendimiento pensante>”. (2010: 30).

En el fondo, el punto obvio es que nada justifica la declinación del pensar, que es una de nuestras capacidades superiores, de las cuales depende, según piensa Arendt, nuestra cd de juzgar sobre el bien y el mal. Ningún condicionamiento o constricción, provenga de la cotidianidad o de estructuras objetivas y subjetivas, es una justificación para la claudicación del pensar que nos lleva a emitir un juicio sobre las condiciones de la vida humana. En ese sentido, Eichmann fue un individuo que no quiso pensar y en ello se escudó para no juzgar sus propias acciones, ocultándolas bajo la careta del

---

<sup>1</sup> En nuestro contexto nacional, encontramos un ejemplo de esta capacidad para pasar de una alternativa a otra, sin considerar en absoluto su contenido de modo realmente pensante, en el caso representativo y simbólico de un niño ayacuchano que se enroló primero en las filas de Sendero Luminoso, luego en el Ejército Peruano y finalmente en las de la Iglesia Católica, cantando los himnos de Sendero, el Ejército y el Cristianismo con el mismo fervor, sin importar que hablaran de matar a los perros burgueses o de perdonar al que nos ofende. Se podría objetar que este caso no compatibiliza con lo que Arendt propone porque ella afirma que Eichmann no estaba movilizado por la ideología y, en cambio, este niño sí: “Entonces entendí que más allá de los sentimientos fraternos consanguíneos estaba primero obedecer los mandatos del partido. Ir donde te manden y ofrendar tu vida en nombre del PCP, y tu nombre permanecería grabado e impreso por los siglos de los siglos en la memoria colectiva como héroe guerrillero” (GAVILAN SANCHEZ, Lurgio. 2013. *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos: p. 73. No obstante, precisamente el hecho de que este personaje cambie de signo con tanta facilidad con respecto a contenidos tan disímiles muestra que lo menos importante es el contenido ideológico o mental de estos grupos, sino su lógica de obediencia y autoridad.

cumplimiento del deber o las “condiciones especiales” que reinaban en la sociedad alemana nazi, donde todos debían obedecer al *Führer*. La película muestra recortes fílmicos del juicio histórico, en los que se escucha a Eichmann afirmando que no es culpable ni responsable porque por un lado nunca puso sus manos en el cuello de ningún judío y, por otro lado, porque se limitaba a obedecer órdenes, en lo cual se complacía. Sus declaraciones llevan a Arendt hasta la hilaridad cuando un juez le pregunta si no cree que un poco de coraje cívico le hubiera llevado a un camino diferente, y Eichmann contesta que sí, si es que el coraje cívico hubiese estado jerárquicamente organizado. La clave de la patología de Eichmann es esa: se puede tratar de cualquier contenido, lo importante es que haya una jerarquía funcional donde cada uno sabe cuál es la parte que debe cumplir. Este síndrome que une las personalidades mediocres con la racionalidad burocrática o dictatorial y con la ausencia de pensamiento produce sujetos con “buena conciencia” capaces de un mal objetivamente radical pero subjetivamente banal. Pero ni en el caso más extremo de esta racionalidad burocrática se puede afirmar que ésta justifique la ausencia total de pensamiento. Se espera que éste surja en casos límite, como aquellos que nos tientan a ser cómplices del mal radical.

Sin embargo Eichmann, nos dice Arendt en la escena final, dictando clase, no quiso ser una persona, no quiso pensar y emitir un juicio sobre lo que sucedía y, en esa medida, incurre en el mal banal. Comprender esto no es perdonar, se le escucha decir a Arendt. Ella ha escrito un informe “objetivo” sobre el juicio y concluye que Eichmann es un pobre burócrata incapaz de pensar. Este es el punto álgido del desencuentro con el público. Ella no pretende minimizar la magnitud ni maldad de las acciones genocidas, pero sí resalta la trivialidad del actor, un actor que frustra las expectativas teóricas y los hábitos mentales de las teorías morales tradicionales: no es un hombre movido por una voluntad de mal. Aristóteles indicaba en su ética que uno de los factores fundamentales para evaluar la moralidad de un acto es que sea voluntario (*hekousios* - *Eth. Nich.* 1110a) y que medie la elección racional (*proairésis* - *Eth. Nich.* 1111b5). Eichmann no tiene la voluntad de matar judíos ni lo ha elegido como producto de un proceso deliberativo personal. El mal resultante de sus actos lo ha hecho “sin el más mínimo destello de interés o volición” (2010: 31). El sigue órdenes. Sus actos no son producto de fuertes pasiones, vicios, maldad del corazón ni de fuertes convicciones ideológicas, todo lo cual hace comprensible el mal ante la concepción moral tradicional. El asunto queda graficado en el filme en una escena donde Arendt conversa en un café en Jerusalem, alguien cita el *Fausto* y Arendt responde: “*Eichmann ist kein Mephistopheles*”. Esto es para ella obvio: Eichmann es demasiado superfluo para ser un “malo” pues no se toma el trabajo de pensar: descansa en las *mores*, las instituciones o en las órdenes que le toquen (*Führerprinzip*). Se declara irresponsable e inocente y para él todo está claro. Ha dejado de ser un actor, ha abandonado la *práxis* que, si bien recordamos, según Aristóteles, no es mera *héxis* (hábito que llega a ser ciego) sino *enérgeia*: actividad deliberante y racionalmente proaiética. Con el abandono del pensar, el hombre europeo se ha entregado al sin – sentido y la irresponsabilidad. Por eso Arendt escoge la expresión “banalidad del mal” para describir esta asimetría entre la atrocidad de los actos y la trivialidad de un “actor” que no tiene razones de odio para matar judíos ni una voluntad expresa para exterminarlos, sino que se disocia del acto en sí por medio del argumento del cumplimiento del deber burocrático.

La expresión banalidad del mal acuñada por Arendt se presta ciertamente a interpretaciones y de hecho produjo el mal entendido: parece que se está perdonando a

Eichmann, trivializando sus acciones. El filme, refleja también cómo la expresión de Arendt causó una serie de críticas que llevaron hasta el insulto (“*nazi whore*”) y el hostigamiento (amenazas de muerte). Tal vez la directora del filme que, como decimos, parece involucrada con la temática del pensar, tenía en mente también una idea de Arendt y Heidegger relativa a la fragilidad de los productos del pensar, en el sentido de que, cuando uno verbaliza el resultado de un ejercicio del pensamiento, la puesta en circulación del mensaje pareciera inmediatamente distorsionarlo y traicionarlo. No por ello, sin embargo, dejamos de pensar, y Arendt no lo hizo aunque se viese expuesta a realidad de la sentencia de Heidegger, recordada en uno de los *flashbacks*: “el pensar es una tarea solitaria”. El filme, pues, exhibe a la filósofa realizando ese tipo de *práxis* superior que lleva a la cumbre desierta donde sopla el fuerte viento del pensar y destruye conceptos y dogmas. El espectador acompaña a Arendt en un pensar ella sabía que no deja productos tangibles, sino más bien desmonta creencias, para luego regresar a instalarnos en nuestra realidad inmediata sin definiciones, como Sócrates, pero con una mirada más clara sobre lo que *no es* aquello que podemos aceptar y querer.

## **Bibliografía**

ARENDETT, Hannah.

- 1974 *La Condición Humana*. Barcelona: Seix Barral.
- 2003 *Eichman en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal*.  
Traducción: Carlos RIVALTA. Barcelona: Lumen.M
- 2007 *Responsabilidad y Juicio*. Traducción: Miguel CANDEL.  
Introducción y notas de Jerome KOHN. Barcelona: Paidós
- 2010 *La vida del espíritu*. Traducción de Carmen CORRAL.  
Barcelona: Paidós.